

II JORNADA SOBRE LA MUJER

“HOMBRE – MUJER ¿ES POSIBLE COMPLEMENTARSE?”

Madrid, 28 de febrero de 2004

EL HOMBRE Y LA MUJER DE HOY, NECESITAN REDESCUBRIR SU PROPIA IDENTIDAD. SIN ESTO, NO PUEDE COMPLEMENTARSE NI LLEVAR A CABO SU MISIÓN EN EL MUNDO.

AL MARGEN DE LOS ROLES QUE LA SOCIEDAD TRATA DE IMPONERNOS, URGE RESCATAR LA ESENCIA PROPIA DE CADA SEXO. POR ESO LA **ASOCIACIÓN DESAFIOS DE NUESTRO TIEMPO**, CONSCIENTES DE LA CONFUSIÓN ACTUAL, QUIERE OFRECER UNA VISIÓN REALISTA Y PROPONER RETOS CONCRETOS.

Conferencia: EL DESAFIO DE LOS SEXOS

Dña. Maite Abollado

II. CONSIDERACIONES ANTROPOLÓGICAS

1. Unidad Cuerpo – Alma
2. Naturaleza versus Sociedad en la Identidad Sexual

III. EL ROL DE LA MUJER A TRAVÉS DE LA HISTORIA

1. Época prehistórica: La mujer como portadora del misterio de la vida
2. Antigüedad: La mujer como estado imperfecto del ser humano
3. Edad Media: La sociedad agraria
4. Industrialización: Surgimiento de los primeros movimientos feministas
5. Situación actual

IV. CONCEPTOS DEFORMADOS DE LA MUJER

1. La mujer masculinizada
2. La mujer como “sólo ama de casa”
3. La mujer como objeto sexual del hombre

V. CARACTERÍSTICAS DIFERENCIALES

1. Diferencias biológicas (genéticas, hormonales, constitucionales)
2. Funciones cognitivas

Mujer

- Visión analítica de la realidad
- Pensar global
- Intuición
- Mayor amplitud de campo en la captación de los estímulos

Hombre

- Visión sintética de la realidad
- Pensar lógico-racional
- Independencia de campo

3.

Orientación hacia lo personal en la mujer

- Competencia social
- Lenguaje relacional

Orientación hacia el objeto en el hombre

- Funcionalidad, eficacia

• Lenguaje informativo

VI. LA IDENTIDAD DEL HOMBRE

1. Principio de autoridad
2. Asegurar la identidad familiar y personal
3. Transmisión de valores
- 4

VII. LA IDENTIDAD DE LA MUJER

Ser corazón – fuerza generadora de vida

Personalizar

Responsabilidad frente a la vida

VIII. Ejemplo concreto del aporte masculino y femenino y su complementación:

EL ESTILO DE DIRECCIÓN

IX. CONCLUSIÓN

I. INTRODUCCIÓN.-

En la sociedad actual, muy sensible a los valores de la igualdad y de la libertad e, influida por los movimientos de promoción de la mujer, se tiende a restar importancia a la diferencia sexual de hombre y mujer. Se ha pasado del extremo de defender como diferencias naturales e intocables aspectos y papeles que sólo respondían a hábitos culturales o, incluso, a imposiciones de poder, al extremo contrario de negar cualquier diferenciación en la psicología del hombre y la mujer, y de considerarla irrelevante para la convivencia social.

Y digo esto, porque vivimos insertos en la cultura del unisex, en un afán obstinado y un poco acientífico de negar cualquier diferenciación en la psicología del hombre y de la mujer. A lo más se admiten como consecuencia de condicionamientos educativos y sociológicos, cosa que no deja de ser cierta en bastantes aspectos.

Hombre y mujer son dos formas desde las que se es persona, que se complementan. La condición sexuada del ser humano afecta a la totalidad de la vida, en todas sus dimensiones. La vida se realiza en dos formas, polarmente opuestas, consistentes en la mutua referencia, y que llamamos hombre y mujer.

Sin embargo, en nuestra cultura, el hombre ha impuesto su manera de ser hasta el extremo.

Predomina lo masculino; se acentúan y glorifican los valores masculinos: el racionalismo, la intelectualización, la eficacia, el individualismo.

Lo femenino es sinónimo de debilidad y está abocado al fracaso. Los valores femeninos son contrarios al éxito laboral y socio-económico. A la mujer se le ha privado de su tendencia natural al amor, puesto que toda demostración de sentimientos puede hacernos vulnerables e indefensos.

La mujer, en lugar de ser ella misma, de empapar la cultura de las leyes propias de su ser, se ha apropiado de esa modalidad masculina extrema del hombre y lucha por ella como si fuera su ideal. ¿Cuál es la consecuencia?

- Una confusión de los sexos; y por ende, la pérdida de la propia identidad de cada sexo.

- El aislamiento y la competitividad hombre – mujer.

No se trata de entrar a valorar o comparar los rasgos propios de cada sexo, sino de mostrar su necesidad de complementación.

El hombre será capaz de encontrar y construir su identidad masculina desde el momento en que la mujer construya la suya. Sólo desde la perspectiva del respeto y la admiración a la identidad del otro, desde la conciencia de la necesidad de ser complementados, seremos capaces de construir la nuestra.

En nuestra exposición intentaremos huir de muchos estereotipos de lo femenino y lo masculino, producto de un determinado desarrollo cultural, de prejuicios y de tradiciones arraigadas. No se trata de un problema de roles, determinados fundamentalmente por factores socio-culturales. Se trata de descubrir y respetar la especificidad del hombre y la mujer inscritas profundamente en la naturaleza de los mismos.

II. CONSIDERACIONES ANTROPOLÓGICAS

1. Unidad Cuerpo – Alma

La visión dualista del ser humano, propia de los filósofos de la antigüedad, está ampliamente superada. Hoy en día sabemos que cuerpo y alma, cuerpo y espíritu, fisiología y psicología, forman una unidad indisoluble. Uno influye sobre el otro y ambos forman una misma realidad: el ser humano.

El cuerpo humano es algo más que un conjunto anatómico de células vivientes. Su tarea no consiste principalmente en unos objetivos biológicos, indispensables para la propia existencia, sino en servir, sobre todo, para otra función: la de ser expresión de nuestro interior personal.

Sigmund Freud, médico de principios del siglo XX, comenzó a estudiar la psicología humana a partir del caso de una paciente afectada repentinamente de ceguera total, y a la que consiguió devolver la vista gracias al diagnóstico y tratamiento de una enfermedad psicológica llamada histeria.

La medicina psicosomática descubrió a principios del S XX la estrecha relación existente entre determinados síntomas fisiológicos y enfermedades del espíritu.

Por otra parte, también el cuerpo y sus desajustes pueden influir en los estados de ánimo, incluso provocar enfermedades psicológicas denominadas endógenas.

Ahora bien, este cuerpo aparece bajo una doble manifestación que influye en la manera de vivir en él. Hombre y mujer tienen cada uno su estilo peculiar y unas características básicas diferentes. Las raíces primeras de estas diferencias sexuales tienen su fundamento biológico en la diversidad de los cromosomas sexuales, que influyen en la formación de la glándula genital encargada de producir las hormonas correspondientes para la formación de los caracteres propios de cada sexo. A partir de ello encontramos una tonalidad distinta en los componentes psicológicos, afectivos, espirituales e intelectuales del hombre y la mujer.

2. Naturaleza versus Sociedad en la Identidad Sexual

Hasta qué punto la dicotomía del ser sexual del hombre condiciona su actuar, pensar y sentir, y hasta dónde es consecuencia de múltiples condicionamientos históricos y culturales es una reflexión antropológica a la que todavía no se le ha dado una respuesta precisa.

¿Quién tiene una mayor participación en la definición de la identidad sexual: la biología, la naturaleza, lo genético..., o el medio ambiente y la sociedad?

Es evidente que las normas sociales no tienen la capacidad de determinar el comportamiento aleatoriamente, es decir, a su antojo. Más bien deben entenderse como interpretaciones y concreciones de disposiciones naturales. Es cierto que las normas sociales son más precisas y concretas, pero no se sostendrían si fueran contrarias a disposiciones naturales y espontáneas del comportamiento humano.

Si comparamos la naturaleza humana con una partitura musical de un compositor genial, la sociedad sería la orquesta que la materializa. Distintas orquestas pueden representarla de distintas maneras, enfatizando un aspecto u otro, pero siempre será la misma pieza.

La naturaleza en ningún modo es restrictiva y determinista, y menos todavía en el ser humano, dotado más que ningún otro ser de una enorme capacidad de adaptación. El abanico de posibilidades es muy amplio, sin embargo, la sociedad debe respetar ese marco de actuación.

Si la sociedad completa esa naturaleza y tiene en cuenta el carácter propio de cada sexo, puede adaptarse creativamente a las necesidades de cada momento sin violentar esa naturaleza. De lo contrario, aquella sociedad que ignora o niega la naturaleza propia de los sexos, verá tambalearse sus estructuras más básicas.

III. EL ROL DE LA MUJER A TRAVÉS DE LA HISTORIA.-

Aunque no sea posible trazar una frontera definida entre los datos culturales y los ofrecidos por la naturaleza, sí que se pueden reconocer patrones que han persistido en el ser de la mujer a lo largo de la historia.

1. Época prehistórica.

La vida y sus manifestaciones estaban marcadas por una visión mágica del mundo. No se conocía el papel que desempeñaba el hombre en la fecundación, y, por ello, era la mujer la portadora del misterio de la vida. Sus funciones iban más allá de las directamente relacionadas con la maternidad. Poseía el don de curar, de profetizar e interpretar símbolos sagrados, de invocar a los espíritus (sacerdotisas, juez, curandera...).

El rol de la mujer se encontraba en un equilibrio polar con el del hombre. No existía dominación ni sumisión de un sexo frente a otro.

El hombre desempeñaba las tareas que requerían fuerza física (caza, agricultura, ganadería, lucha) y las relacionadas con el gobierno del clan.

2. Antigüedad.

La cultura griega como base de nuestro pensar y de nuestra sociedad enaltece los valores de búsqueda de la verdad, justicia, el pensamiento lógico-racional, etc., características todas ellas en las que resalta el hombre.

La mujer, valorada desde el punto de vista masculino, empieza a ser considerada como un ser imperfecto, como un ser que se ha quedado a medio camino, sin alcanzar el grado pleno de evolución y desarrollo propio del hombre. La complementación con éste quedaba restringida al ámbito de la procreación.

Esto creó una gran tensión entre los sexos, una lucha por la dominación y la sumisión; lo que llevó a una pérdida total de derechos de la mujer. El hombre poseía por ley el derecho de disponer a su antojo de los miembros de su familia, y la mujer le debía obediencia absoluta.

3. Edad Media (la sociedad agraria).

La mujer desempeñaba un papel importante en la sociedad agraria. No existía ningún reparto específico de tareas entre el hombre y la mujer. Ambos compartían trabajo y responsabilidades. Existía una relación de igualdad entre ellos. El ámbito de trabajo de la mujer se circunscribía al entorno de la casa, debido al cuidado de los niños, pero realizaba todo tipo de tareas: elaboración y conservación de alimentos, trabajos en el campo a los que se podía llevar a los niños, cuidado de los animales de corral y de establo, costura, limpieza del lugar y de la ropa, cuidado de los enfermos... Las mujeres desempeñaban a la perfección funciones económicas y de gobierno puesto que se trataba de casas grandes en las que convivían varias generaciones y los criados con sus familias.

4. Industrialización.

Con la industrialización en el S XIX se reestructura el ámbito de vida y económico-laboral de la familia. Trabajo y familia se separan, lo que conlleva un cambio fundamental en el rol de la mujer. La mujer es desplazada del proceso de producción y recluida al ámbito de la casa y la familia ahora enormemente reducido (clase social burguesa).

Por otra parte, en los estratos sociales más desfavorecidos, la mujer se vio obligada a realizar trabajos remunerados, principalmente en las fábricas. Las condiciones de trabajo para las mujeres eran especialmente lamentables.

A raíz de todo ello surgen los primeros movimientos feministas entre los que podemos distinguir claramente dos líneas:

- Las mujeres de la clase social burguesa reivindicaban:

a) Derechos en el ámbito político y una mayor participación en la vida pública (derecho al voto, a crear asociaciones, a publicar revistas, etc.).

b) Mayores posibilidades de formación y realización para las mujeres (admisión en universidades, participación en el trabajo intelectual y artístico).

- Las mujeres de la clase social proletaria reivindicaban:

a) Mejores condiciones de trabajo.

b) Igual salario que el hombre en trabajos de la misma categoría.

c) Permisos de maternidad.

También la imagen del hombre experimenta cambios a finales del SXIX, principios del S XX.

A los reclamos justos del movimiento feminista se unió la denuncia de una sociedad patriarcal obsoleta. En la pedagogía surgía una corriente autodefinida como “Educación Antiautoritaria” (“laissez faire” = dejar hacer) que pone en tela de juicio la validez de la autoridad paterna concebida como tal hasta ese momento.

Como consecuencia se produce un debilitamiento de la figura paterna y un desmoronamiento de la autoridad a todos los niveles (familiar, social, político, eclesial).

Esto, y el desplazamiento del hombre del hogar, como consecuencia de la sociedad industrializada, genera en él una pérdida de identidad, que le lleva a una exaltación unilateral de la fuerza y el dominio. Su autoridad, que antes no se cuestionaba, la ejerce ahora a través de un machismo extremo, con el cual intenta demostrar su superioridad.

5. Situación actual.

Hoy en día podemos constatar que la mujer se ha incorporado plenamente a sectores económicos, políticos y sociales, cuyo mundo pertenecía casi exclusivamente a los hombres. Las legítimas reivindicaciones planteadas por los movimientos feministas han producido un cambio cultural considerable. Ahora podemos disfrutar de:

- Igualdad de derechos de hombres y mujeres.

- Leyes de protección de la maternidad.

- Las mujeres tienen las mismas posibilidades de formación que los hombres.

- Acceso a la casi totalidad de las profesiones.

- Ocupación de puestos de dirección en política, economía y empresa.

- Los padres participan más en el cuidado y educación de los hijos y en las tareas del hogar. En algunas ocasiones puede incluso darse un cambio de roles tradicionales. El hombre permanece en casa, mientras la mujer sale a trabajar.

- El cuidado de enfermos y ancianos, antes incorporado al ámbito familiar, se ha desplazado a otras instituciones sociales, lo que le permite a la mujer una mayor libertad de acción.

Sin embargo, en su afán por alcanzar la independencia y hacerse un lugar en este mundo, la mujer trata de demostrarse a sí misma y a la sociedad que es tan capaz como un hombre de desempeñar cualquier trabajo. Para ello intenta incorporar a su manera de vivir, relacionarse y trabajar las características propias del hombre y anular lo propiamente femenino.

Al intentar asemejarse al hombre y entrar en competencia con él, la mujer se halla en clara desventaja. Sólo conseguiremos estar en un nivel de igualdad, si cada uno asume su propia identidad. Aquí es donde se encuentra, según el P. José Kentenich la gran tragedia del tiempo actual. La mujer no está orgullosa de serlo. No acepta su manera de ser original, distinta y complementaria con el hombre. Hoy en día nos urge rescatar lo femenino, nuestra cultura clama por lo femenino, a nuestro tiempo le falta la mujer.

IV. CONCEPTOS DEFORMADOS DE LA MUJER.-

Como consecuencia de esta pérdida de la identidad de la mujer, nos encontramos hoy en día con una serie de conceptos deformados del papel de la mujer.

1. La mujer masculinizada.

La riqueza de la relación complementaria del hombre y la mujer que respetan y valoran su identidad, se basa en la polaridad, en polos opuestos entre los que se crea una tensión, cuyo fruto es un crecimiento y una aportación creativa mutua. Esta tensión se pierde si uno de los polos intenta asemejarse al otro.

La mujer al negar lo propiamente femenino no sólo se está anulando a sí misma, sino que está privando a la sociedad de su factor “sanador”.

2. La mujer como “solo ama de casa”.

Es cierto que el rol de la mujer se vincula principalmente al cuidado y educación de los hijos y a las tareas del hogar, puesto que éstas están muy relacionadas con la maternidad.

Sin embargo, el mundo laboral, socio-cultural, político y educativo necesita que se introduzca lo femenino en el duro mundo masculino; necesita que la mujer se incorpore con su identidad en el mismo.

Dice Eriksson (psicólogo de la década de los años 50):

“Hoy nos urge una ética política y tecnológica más impregnada de lo femenino. Si las mujeres representaran en el mundo aquello que han desarrollado, en privado, con tanto tesón: realismo en el gobierno de la casa, responsabilidad en la educación, creatividad en el esfuerzo por mantener la paz, y dedicación y sanación de los cuerpos y las almas; el mundo sería conducido por otros derroteros.”

3. La mujer como objeto sexual.

El movimiento feminista, cuya representante más conocida la encontramos en Simone de Beauvoir, niega toda identidad propiamente femenina. Defienden la tesis de que entre el hombre y la mujer sólo existen diferencias biológicas; lo demás son condicionamientos sociales basados en premisas que convienen al hombre e impuestas por él a lo largo de la historia.

Su bandera principal es la lucha contra la represión sexual. Consecuencia de ello es que tanto el hombre como la mujer han sobrevalorado y extrapolado el aspecto sexual de la mujer (preocupación por su aspecto físico, moda provocativa...) lo que ha llevado a una mayor valoración de lo físico que del atractivo espiritual y del desarrollo de su personalidad sobre todo, en el aspecto intelectual y formativo.

9

La falacia de la liberación sexual de la mujer lleva a la misma a convertirse en juguete del hombre, a ser utilizada por él para sus fines.

En el ser femenino está implícito el integrar impulsos sexuales en la totalidad del ser, asegurando la dimensión espiritual del amor. Considera la importancia de la relación personal, evitando así la utilización del otro como objeto para satisfacer las necesidades pulsionales.

A raíz de lo expuesto hasta ahora, cabría preguntarse:

-¿Estamos amenazados por una pérdida de la identidad sexual?

-¿Deriva el desarrollo histórico a una nivelación de las características y comportamientos típicos de cada sexo?

-¿No sería ahora el momento de encontrar la auténtica raíz de la identidad sexual independientemente de los roles definidos?

-¿No sería el momento de remarcar lo específico de la mujer y del hombre para aprovecharlo en todos los ámbitos de la vida (familiar, laboral, social, político...) como lo original de cada sexo?

Ambos sexos son distintos. Se complementan y completan mutuamente. Y esa complementación ha variado a lo largo de los siglos, pero siempre ha existido, y de todo cambio social ha surgido la necesidad de readaptar esa mutua complementación respetando los tintes marcados por el propio ser masculino y femenino.

V. CARACTERÍSTICAS DIFERENCIALES.-

1. Diferencias biológicas.

El comienzo del viaje hacia la identidad sexual de la persona comienza en una diferenciación cromosómica. Cada célula del hombre y de la mujer es diferente: en el hombre contiene en su núcleo el cromosoma Y, mientras que cada célula del cuerpo femenino es portadora de un cromosoma X.

Las gónadas reciben la información diferencial para elaborar los ovarios o los testículos.

Por otra parte, las hormonas, a partir de la información diferencial procedente de la hipófisis, influyen en la configuración masculina o femenina del ser humano. Las diferencias fisiológicas son claramente observables:

- Los rasgos angulosos del hombre contrastan con las curvas armoniosas de la mujer;
- Los hombros anchos y poderosos del hombre, con las caderas anchas de la mujer;
- Los músculos fuertes y vigorosos, frente a las formas femeninas más dulces;
- El vello,
- La voz,
- Los pechos,
- La composición de la sangre (500.000 glóbulos rojos menos en la mujer).
- Sabemos también que aunque el hombre sea más fuerte, sus músculos más potentes, la mujer aguanta mejor esfuerzos físicos y psíquicos prolongados. Afrontan mejor situaciones de estrés (menor probabilidad de padecer infartos en su etapa fértil) y poseen una mayor esperanza de vida. La condición sexuada del ser humano no sólo condiciona su aspecto físico sino que influye también en su forma de ser, que podemos conocer a partir de su comportamiento.

Así, por ejemplo, los órganos sexuales del hombre (pene, escroto, testículos), exteriores y visibles, ¿influirán en el hecho de que los hombres muestren una mayor inclinación hacia la extroversión, la conquista, el riesgo, la creatividad, la iniciativa, y que sean por regla general más autónomos y agresivos?; o ¿estas características se deben a una mayor proporción de andrógenos y testosterona en la sangre del hombre?

Y los órganos sexuales de la mujer (ovarios, útero, vagina), internos e íntimos, ¿influirán en que ésta presenta una mayor tendencia a la introversión, acogimiento, a la receptividad, al deseo de seguridad?, o ¿se debe a la influencia de los estrógenos y la progesterona?

El psicólogo norteamericano Eriksson realizó en la década de los cincuenta estudios sobre el comportamiento de los niños en el juego: Los niños y niñas debían montar sobre una mesa una escena emocionante con ayuda de juguetes. En un principio, la investigación no iba dirigida a observar el comportamiento diferencial en el juego. Pero los resultados fueron sorprendentes:

- Las niñas se centraban en el espacio interior. Le daban gran valor a la disposición del interior de la edificación y que ésta estuviera protegida. Primaba en ellas el acogimiento y la seguridad del lugar.

- En las representaciones de los niños dominaba el espacio exterior, la defensa del lugar, el ataque con escenas de riesgo y lucha (caídas, muertes...)

Por otra parte, las influencias hormonales diferenciales afectan también al cerebro del embrión, concretamente en el área del neocórtex relacionada con la actividad cognoscitiva.

La psicóloga y neuróloga de la Universidad de Ontario, la Dra. Kimura concluyó en base a sus investigaciones que el cerebro humano muestra una asimetría funcional diferencial. En la mujer, la actividad neuronal es más intensa en el hemisferio izquierdo, relacionado con los procesos lingüísticos y el razonamiento analítico; mientras que en el hombre es más intensa en el hemisferio derecho, centro de la capacidad de síntesis y del razonamiento lógico-espacial.

A su vez, los tests de inteligencia no establecen diferencias significativas entre el cociente intelectual del hombre y la mujer. Sin embargo, el análisis detenido de los subtests (que evalúan distintas capacidades intelectuales) muestran tendencias diferenciales:

-una superioridad verbal en la mujer; y un nivel superior al hombre en aptitudes asociativas y en creatividad.

-una superioridad del razonamiento espacial en el hombre;

-una mayor capacidad de orientación espacial; y un nivel superior a la mujer en razonamiento lógico y matemático.

2. Funciones cognitivas.

- La mujer posee una visión analítica de la realidad. Percibe el todo a través de las partes. Tiene en cuenta los detalles a la hora de conocer y valorar una situación. Es más, necesita de los detalles para comprenderla. Por otra parte posee un umbral mucho más bajo que el hombre para la captación de estímulos ambientales, es decir, que posee una mayor sensibilidad hacia los mismos. Esto podría ser consecuencia también de su disposición a la maternidad. La mujer tiene los sentidos más agudizados frente a los requerimientos del bebé (se despierta por las noches con un simple cambio en el ritmo respiratorio...).

Así mismo poseen un espectro mucho más amplio de atención, lo que les permite captar más estímulos secundarios (detalles).

También el comportamiento humano lo concibe como fruto no solamente de premisas lineales de causa-efecto más propias del hombre, sino comprendiendo que en la base de todo actuar humano están los sentimientos y otros condicionamientos no objetivables.

Piensa con todo su ser (global). También su manera de vivir y sentir es integradora. No es capaz, como el hombre, de parcelar las distintas facetas de su vida. Ella necesita que el trabajo, la familia, el tiempo libre, etc. se hallen en armonía.

Posee también un plus en intuición, entendida ésta como la capacidad de juzgar correctamente una situación en base a datos imprecisos y limitados (ej. anuncio de Coca Cola), como la capacidad de trascender lo objetivo, lo medible, lo verificable.

Gracias a su lógica circular basada en la vida afectiva posee, en muchos casos, un barómetro más certero y delicado que el hombre. Contribuye a superar la sofisticación de la lógica masculina, del intelectualismo que prescinde de los procesos vitales.

- El hombre posee una visión más sintética de la realidad. Se concentran mejor sobre estímulos concretos y captan más rápidamente lo esencial de un problema.

Su pensamiento es lógico-racional: necesita tener una meta o propósito claro para poder dirigirse hacia él. Ya en los juegos infantiles, observamos una clara preferencia en los niños por los juegos reglados en los que se actúa con una finalidad muy concreta (meter un gol, encestar...). Sin embargo, las niñas prefieren los juegos “libres” donde no hay normas ni metas tan claras.

Su discurso lógico es piramidal. Se trata de un pensar marcadamente reflexivo, base de la ciencia y la filosofía. Una pieza se basa y se apoya en la anterior, lo que aparentemente evita que cometa

fallos. Y digo aparentemente puesto que la razón puede llegar a ser una mutilación de lo razonable, ya que:

- El pensar racional es restrictivo: todo aquello que se escapa a entendimiento, no existe.
- Es coactivo: la admisión de un principio obliga a admitir todos sus consecuencias (aunque sean un disparate, desde el punto de vista femenino)
- Es sistemático: tiende a construir un todo completo y definitivo.

El conocimiento basado en este pensar puede llegar a perder veracidad, pues con facilidad se excluyen aspectos parciales importantes. Sin embargo, es una manera fácil y rápida de adquirir conocimientos.

El pensar masculino descompone, parcializa, simplifica, deshumaniza. Es efectivo, funcional y económicamente rentable. En él se basan el progreso tecnológico y económico. Sin embargo, sin el pensar femenino como complemento puede llegar a atacar y destruir la vida.

11

3. a) Orientación hacia lo personal en la mujer.

Las capacidades femeninas se valoran en nuestra sociedad más en el ámbito de las relaciones personales y menos en el público: la emotividad, la intuición, la aceptación de la debilidad y el esfuerzo por tener en cuenta las necesidades de los demás en el propio actuar, la capacidad de cooperación, el compromiso y la responsabilidad.

En 1985, C. Gaspari concluyó como resultado de sus investigaciones que las mujeres poseen un mayor abanico de sentimientos, una mayor riqueza emocional. Esto podría estar relacionado con las alteraciones hormonales a las que se ve sometida a lo largo de su ciclo y la experiencia de cómo influyen en su estado físico y psíquico. Esto las predispone a captar y comprender la influencia de los estados anímicos en el actuar y sentir.

Esta dimensión emocional de la mujer la capacita para una mayor competencia social.

Posee una mayor disposición a establecer relaciones personales. Tiene una mayor capacidad de establecer empatía con el otro, de ponerse en el lugar del otro, de comprender los sentimientos y deseos del otro, de escuchar lo no verbalizado.

El siguiente estudio realizado por C. Gaspari en 1985 nos muestra cómo la mujer es personalidad, entendido como la capacidad para ser persona y considerar a los demás como personas; mientras que el hombre es funcionalidad, entendido como eficacia y orientación hacia la utilidad:

En el mencionado estudio se les presentó tanto a hombres como a mujeres una situación conflictiva entre un subordinado y su jefe. La tarea de los consultados era ofrecer una solución al conflicto.

Las mujeres tendían a proponer la conciliación. El jefe debería mostrar comprensión por el error cometido por el subordinado, y este último debía disculparse y expresar la intención de no volver a cometerlo.

El hombre, sin embargo, tendía a proponer como solución que el jefe castigara al subordinado, mientras que este último expresaba la intención de vengarse más adelante.

D. Bischof (1989) estudió el juego simbólico de niños y niñas, y observó que, desde la infancia, las niñas muestran una clara preferencia por los juegos en los que se expresan actitudes maternas, mientras que los niños prefieren juegos de competición en los que pueden medir sus fuerzas, y donde haya vencedores y vencidos.

En la interacción social con los iguales del mismo sexo las niñas tienen una clara preferencia por las relaciones individuales, en las que buscan un intercambio más personal, mientras que los

chicos buscan las relaciones grupales. Para ellos el grupo de iguales representa una comunidad de intereses que provee de variedad y diversión.

Lenguaje relacional: También la relación con el lenguaje es distinta en hombres y mujeres.

Las mujeres utilizan el lenguaje para crear una atmósfera, para expresar los sentimientos, para darse a conocer y conocer al otro.

Para la mayoría de las mujeres, la conversación es prioritariamente una posibilidad de crear vínculos, de crear comunidad. Suelen resaltar semejanzas y vivencias similares. El tema objeto de discusión es una excusa para acercarse al otro.

3 b) Orientación hacia el objeto en el hombre

El hombre está interiormente más orientado hacia la funcionalidad, hacia el actuar efectivo y marcado por el éxito y el poder.

Comprende los objetos y sus procesos mejor que las mujeres. Su actuar es calculado, racional y con un propósito claro. Es más intelectual y autónomo.

Lenguaje informativo: Los hombres utilizan el lenguaje para ordenar, dar consignas, aclarar las relaciones y para entender.

Para la mayoría de los hombres la conversación es primordialmente un medio para conservar la independencia y para el establecimiento del status social o del orden jerárquico. Para conseguir esta meta, los hombres resaltan su saber y sus capacidades y se enaltecen con exposiciones lingüísticas brillantes como anécdotas, chistes o informaciones de última hora, para ser el centro de atención. Se sienten mejor cuando conversan en grupos de personas que no los conocen muy bien.

VI. LA IDENTIDAD DEL HOMBRE

Como consecuencia de todo lo anteriormente expuesto, se desprende que el hombre y la mujer se relacionan de manera distinta con todos los procesos vitales en que se hallan inmersos (familia, trabajo, ocio, relaciones personales...) y que de ello se desprenden funciones o papeles distintos en todos los ámbitos de su vida.

La función primordial del hombre es asegurar el principio de autoridad como principio de vida y origen de valores. Su pensar claro y sólido, su apertura y orientación objetiva a la verdad, su capacidad de juicio y de pensar crítico e independiente, su fuerte voluntad de realización y audacia, hacen del hombre un punto de referencia que inspira confianza y seguridad, que representa y avala un orden moral tanto individual como social.

La encarnación de la autoridad es necesaria como aglutinador de grupos humanos. Sin ella se produce la desintegración familiar y el desmoronamiento de las instituciones sociales bajo el imperio de la masificación (despersonalización), de la anarquía caótica o de las dictaduras de diverso signo.

En el campo de la familia, la figura paterna es necesaria para proteger la unidad familiar y para la socialización de los hijos. La autoridad del padre, que no se convierte en una demostración de poder, sino que se traduce en ser modelo y ejemplo, despierta en el educando la sensación de seguridad y protección necesarias para un desarrollo sano de su autoestima y la adquisición clara de valores.

La tarea del padre es conseguir y asegurar un espacio vital para el desarrollo personal.

Esto significa marcar límites, para impedir un desarrollo caótico y sin finalidad clara; pero también proteger y asegurar la supervivencia de la unidad familiar para posibilitar el desarrollo en un ambiente seguro.

El padre es necesario para que el niño lleve a cabo su proceso de identidad como ser autónomo e independiente. La madre tiende a la unión afectiva con el hijo, lo que dificulta este proceso si el padre se encuentra ausente o renuncia a su función. El padre es el que lanza al hijo hacia la vida. Estas capacidades del hombre, sin la complementación de los valores femeninos, busca la utilidad más que la verdad; da la primacía a lo material y económico y no a la persona; quiere manipular las cosas y las personas más que descubrir su naturaleza; sacrifica la persona en nombre de una pretendida “razón”, que inspira una cultura sin alma e inhumana.

VII. LA IDENTIDAD DE LA MUJER.-

La tendencia a la maternidad está implícita en la feminidad, y es lo que da a la mujer su identidad y su función.

Se trata de una manera de pensar, sentir y actuar que impregna todo el ser femenino, y que la dota de una capacidad de amor abnegado y desinteresado. De ella brota una profunda conciencia de responsabilidad frente a la vida natural y espiritual de los otros.

Ella es la fuerza generadora de vida.

Si el hombre representa la cabeza, la mujer es el corazón. Una necesita del otro, y viceversa.

El corazón significa dulzura, sentimientos y generosidad; la cabeza, fortaleza y pensar realista.

La cabeza puede descifrar códigos, resolver problemas tecnológicos, llevar contabilidades, etc., pero ningún saber, por muy grande que sea, será capaz de descubrir lo que es bello y bueno. Ninguna técnica es capaz de crear valor. La cabeza puede ser inteligente, pero no sabia.

No hay ningún ámbito de la vida social que no requiera de la influencia de la mujer.

VIII. Ejemplo concreto del aporte masculino y femenino y su complementación: EL ESTILO DE DIRECCIÓN.-

Motivo del interés por un nuevo estilo de dirección fue la cambiante situación socioeconómica que comenzó a presentarse en los años 70 en los EEUU. Cayó en picado el crecimiento de las hasta entonces exitosas industrias de producción en cadena, puesto que esta clase de industria se hizo económicamente más rentable en los países en desarrollo, donde se encontraba la mano de obra barata.

Esto suscitó una situación que requería un cambio y una flexibilidad empresarial. Una mayor iniciativa, innovación y diversidad, así como mano de obra más calificada y un nuevo estilo de dirección pasaron a primera plana.

La estructura empresarial jerarquizada atravesó en los años 80 un proceso de readaptación.

La disposición de la mujer a la comunicación, cooperación, trabajo en equipo e intuición se considera cada vez más necesaria en una economía que está en camino de convertirse en una economía de servicios e información, una economía que debe motivar constantemente a sus trabajadores a la formación continua y a la flexibilidad de adaptación.

Antes de continuar, es necesario resaltar que los modelos de dirección propiamente femeninos y masculinos no son algo opcional, alternativo. La complementación de ambos completa la realidad. El estilo de dirección femenino no es un sustituto del masculino, sino que juntos aprovechan todo el abanico de talentos humanos. Juntos representan una organización completa, integrada.

El estilo de dirección masculino.-

El ideal de la dirección masculina es una dirección autoritaria con un control severo sobre los subordinados. La vida económica-laboral en una empresa masculina se puede describir en

términos de competitividad. Las estructuras empresariales están claramente jerarquizadas, y el objetivo de producción es el estímulo decisivo de todas las acciones y renunciaciones.

La relación frente a compañeros de igual rango está definida en términos de autoafirmación y autopromoción; y frente a los subordinados en términos de dirección y control.

Los criterios de éxito en la dirección son los resultados económicos; menos importante es la satisfacción personal de los trabajadores.

El hombre que dirige es tremendamente efectivo: vence los problemas de manera soberana, posee una gran capacidad de reacción, alcanza objetivos sin desviarse de la meta, economiza su tiempo...

El estilo de dirección femenino.-

La estructura empresarial y de mando de un estilo femenino es una estructura radial, en la que se acentúan las relaciones interpersonales y en la que los medios adquieren el mismo valor que los objetivos.

La mujer que dirige se preocupa por los trabajadores, por sus intereses y por su promoción humana; resuelve los problemas atendiendo a su diversidad, posee una mentalidad de servicio, es conciliadora, no le gusta controlar y está más predispuesta al trabajo en equipo.

Las dirigentas femeninas buscan soluciones en las que todos se encuentren entre los ganadores; y evitan situaciones, en las que tiene que haber perdedores.

Están más dispuestas a subordinar el bien de la organización, de la que dependen ella y sus colegas, al bien de las personas.

El estilo de dirección de la mujer se caracteriza por ser cooperativo y por conseguir niveles altos de rendimiento en los trabajadores.

El objetivo principal no es el económico, sino el cualitativo, en el que el proceso de elaboración se considera tan importante como el resultado.

En las estructuras de dirección jerárquicas, la información se adquiere a través de unos canales determinados y precisos. La información se maneja y utiliza en muchos casos como herramienta de poder.

Sin embargo, en la dirección femenina, que parte del centro de un organismo comunicador, la información se utiliza para conservar el tejido de las relaciones y para promover la participación de los trabajadores.

En las estructuras de dirección jerarquizadas, la autoridad de la figura representativa reside en que simboliza la cabeza de todo. Esta autoridad se expresa en la competencia de definir y alcanzar los objetivos de la organización y de representarla de cara al exterior.

En la estructura radial, la figura representativa encarna más bien el corazón y no requiere de niveles inferiores para demostrar su status. Asegura su autoridad, sobre todo, en el contacto con las personas de su alrededor. Su autoridad se expresa en el estimular y motivar hacia el trabajo bien hecho.

Mientras que el hombre busca el dominio, la superioridad, la autonomía y la delimitación clara de funciones, la mujer busca unidad, dedicación y consenso.

A corto plazo, el estado de dirección masculino funciona con una mayor eficacia y rapidez, si están asegurados el apoyo y la cooperación de los trabajadores. Sin embargo no promueve el sentido de corresponsabilidad y la participación de los trabajadores en la resolución de problemas.

Complementación de ambos estilos.-

El hombre dirige con la cabeza, mientras que la mujer conduce con el corazón. Ambas maneras son necesarias.

Mientras que la dirección masculina se caracteriza por la toma de decisiones dirigida a la meta, el desarrollo de un plan objetivo y metódico y de dar instrucciones precisas; la fuerza de la conducción femenina esta en ganarse la confianza de las personas.

Cada uno de estos estilos de dirección, sin la complementación del principio opuesto, se vuelve deficitario. Así, el rigor, la fuerza, la claridad de la meta y la orientación objetiva hacia la misma del hombre corre el peligro de destruir la vida sin la complementación del estilo de conducción femenino. Una naturaleza dirigente, que sólo se mueve por ideas y que sólo persigue la consecución de esas ideas, es dictatorial.

Por otro lado, la conducción personalizada y servicial de la mujer puede descuidar la orientación hacia un objetivo claro, lo cual podría llevar a una organización caótica.

El estilo de dirección femenino, que promueve el trabajo en equipo y una dirección participativa, es hoy en día imprescindible para la sanación y la supervivencia del mundo laboral. Sólo queda que la sociedad permita dirigir con la cabeza y el corazón.

X. CONCLUSIÓN.-

Hay un proverbio que expresa la sabiduría popular y que dice: “El hombre construye la casa, la mujer la convierte en hogar.”

Hemos construido una casa asombrosa: el mundo con sus rascacielos, autopistas, tecnología punta. Hemos conquistado el espacio y podemos disfrutar de todas las comodidades posibles.

Pero, ¿sentimos que este mundo es nuestro hogar? ¿Son nuestras familias lugares de encuentro y de descanso? ¿Es nuestro trabajo un ámbito en el que nos desarrollemos y promocionemos como personas? ¿Es nuestro ocio enriquecedor? ¿Son nuestros gobiernos humanos?...

Mensaje a las mujeres (Concilio Vaticano II):

“Vosotras, las mujeres, tenéis siempre como misión la guarda del hogar, el amor a las fuentes de la vida. Estáis presentes en el misterio de la vida que comienza. Consoláis en la partida de la muerte.

Nuestra técnica corre peligro de convertirse en inhumana. Reconciliad a los hombres con la vida. Y, sobre todo, velad, os lo suplicamos, por el porvenir de nuestra especie”.

EDUCACIÓN DE LOS HIJOS E HIJAS”

Dña. Bárbara Aymerich de Franceschi

Antes de empezar a hablar sobre la complementación de los sexos en la educación, dediquémosle unos minutos a recordar qué es educar.

Nosotros podemos ser hombres o mujeres y nuestros educandos pueden ser niños o niñas, pero hay principios fundamentales que no se pueden alterar. La dignidad del educando es siempre la misma, así como la del educador. Los objetivos de la educación son únicos, tienen eso sí matices propios seguramente cuando el educador es un hombre o una mujer, y matices particulares cuando el educando es una niña o un niño, pero no tanto por el sexo sino sobretodo por lo que ellos son en sí mismos. Y cuando digo matices me refiero a hilos tan finos que son casi imperceptibles, son los que van a dar ese pequeño reflejo, como ocurre en los telares. Y es que la

vida del educando se teje un poco como en un telar: nuestra tarea es hacer los nudos..., esos nudos que empezaron a configurar y a dar forma a un diseño.

En primer lugar, conviene que nos hagamos la pregunta ¿cuál es mi objetivo como educador, y también, qué es educar? Hay distintas definiciones seguramente muy válidas, y quien sabe si cada uno de nosotros tiene la suya propia. Yo personalmente he adoptado una que desarrolló un pedagogo alemán del siglo XX, José Kentenich, y que viene a dar respuesta a un anhelo de crear un mundo mejor en el que el hombre sea más feliz. Se trata de forjar “un hombre nuevo para la nueva comunidad”. Sí, un hombre nuevo que se conozca a sí mismo, que sepa de sus talentos y limitaciones, que sepa de donde viene y hacia donde va, que se respete y respete a su entorno, que utilice sus talentos para llevar a cabo una tarea que solo él podrá realizar y que si no lo hace nadie lo hará en lugar. Un hombre nuevo responsable de su propia vida y decisiones, constructor no solo de su vida, sino también de una comunidad, de un mundo nuevo donde haya más justicia, más amor, más paz, más armonía.

Para educar a ese hombre nuevo, qué voy a tener en cuenta:

1. Un educador debe conocer primero a su educando. Conocer lo que es permanente e inmutable así como la dinámica de la movilidad de la vida.

Entenderemos bien lo que quiere decir esto en cuanto veamos que a nuestros hijos no nos los inventamos, ni los podemos hacer a nuestro antojo. Nosotros podemos imaginar o soñar con un hijo de ojos azules o negros, de pelo rubio o moreno, alegre, inteligente, creativo.... y lo que nos llega cuando nace nuestro hijo no siempre responde a nuestras expectativas: a veces las mejora, otras nos sorprende. Ej: un niño superdotado, o por el contrario un niño con alguna alteración física...Nosotros recibimos una vida de la que tendremos que cuidar y para ello debemos detenernos primero, admirar, conocer. Una buena parte de la educación consiste en dejarnos tiempo para educar. Tendremos que conocer lo que nuestro hijo objetivamente es, las circunstancias que le rodean y determinar entonces cómo educarle.

2. Un educador debe conocer también las necesidades de su hijo para poder dar respuesta a ellas, y descubriremos muy pronto que independientemente de las necesidades puramente físicas o materiales como pueden ser la salud, la higiene o la alimentación, la necesidad más grande a la que deberemos responder es la del amor. Como educadores deberíamos ser “genios del amor”. Porque el amor es quien guía nuestras vidas, quien nos permite dar y recibir, el que alimenta nuestro espíritu, el que permite nuestro crecimiento interior e incluso físico y el de nuestros hijos. Y si no, pensemos en los horrores que puede acarrear el corazón de un hombre que no ha sido amado ó que le ocurre a un niño que no ha tenido el afecto impulsor de sus padres: las dificultades de comunicación, las dificultades escolares, las enfermedades del alma y del cuerpo. La falta de amor que genera una inestabilidad emocional que trae consigo diversas formas de violencia.

Partiendo de estos dos principios, el conocimiento objetivo de mi educando, de mi hijo, de mi hija, y el amor como instrumento importante para la educación, ¿Cómo se educa? ¿Cómo se hace todo esto?

No existe una receta mágica, puesto que cada uno de nosotros es único, tiene una carga de experiencia que solamente le pertenece a él, con su propia educación, su historia de vida, etc., pero quizás sí que podemos encontrar algunas pautas que nos ayuden en esta tarea, o al menos decirnos que son pautas que a mi me han ayudado en la educación de mis seis hijos. En primer lugar consiste en la idea de educar a nuestros hijos desde que nacen con amor. Y Amor implica autoridad, respeto, libertad, alegría, sacrificios, flexibilidad, exigencia....Consiste en educarles

cada día para que sus raíces queden profundamente ancladas y que algún día, llegado el momento, sus alas desplieguen toda su fuerza y sean capaces de volar muy alto. Esto implica educarles a la vez que nos educamos a nosotros mismos. Es también equivocarnos y confiar, volviendo a empezar, en que los errores también conducen.

Hay cuatro elementos a tener en cuenta a la hora de educar:

1. Nuestros hijos necesitan crecer en la confianza.

Ellos tienen en sí mismos el potencial de todos sus talentos. Está en nuestras manos el crear el clima adecuado para que este germen se desarrolle, y que alimentado adecuadamente, crezca y sea fecundo. Así como una semilla no puede crecer si no tiene agua y sol, tampoco lo harán nuestros hijos si no nos ocupamos de que su tierra esté arada, tenga humedad y le llegue el calor. La confianza no debe separarse de la palabra autoridad, (que viene del latín auctoritas, que a su vez viene de augere, y que significa hacer crecer, aumentar, dar origen, hacer nacer)

Cuando nosotros padres de nuestros hijos usamos debidamente de nuestra autoridad, estamos creando un clima de confianza donde ellos se sienten acogidos, protegidos, comprendidos, aceptados, respetados y enaltecidos.

2. Nuestros hijos necesitan relacionarse y más aún vincularse a personas, a lugares concretos, a costumbres, etc.

Eso les da seguridad. Es como el árbol que echa raíces buscando alimentos para poder crecer sanamente, o el ancla de un barco que le permite, cuando así se requiere quedarse en puerto firme y no navegar a la deriva, también el hombre necesita de esas raíces o de ese ancla para poder desarrollarse sanamente.

Vincularse: la palabra vínculo viene del latín y quiere decir cadena. Estar vinculado, es estar encadenado, no como algo que nos hace prisioneros, sino como una atadura sólida y estable, en el campo de lo afectivo.

Cuando nuestro educando entra en interacción con personas, lugares cosas o costumbres, y esta experiencia es vivida como algo positivo, el corazón se abre y tiende a darse. Entonces esa vinculación es fuente de felicidad y hace que el individuo sea capaz de proyectarse positivamente

3. Queremos que nuestros hijos lleguen a ser hombres libres

Queremos que lleguen a ser ellos mismos, que tengan la capacidad para decidirse siempre por el bien, aquello que les va a permitir crecer y desarrollarse plenamente como seres humanos. Que aprendan a juzgar y decidir por sí mismos lo que está bien y lo que está mal y se decidan por lo primero.

19

4. Queremos que nuestros hijos tengan ideales

Que desarrollen su capacidad para adherirse a ideas propias, a ideas que sean capaces de defender y de amar y que les haga trabajar por un mundo mejor.

Resumamos ahora estos cuatro puntos en una imagen y así la recordaremos mejor: un árbol

- Un árbol, con raíces profundas arraigadas en la seguridad de sentirse amado y en la seguridad de sí mismo. Esto sería la confianza - raíces ancladas también en los vínculos que nuestro educando ha experimentado: su familia, su casa, sus costumbres, y que le han hecho sentirse seguro. Esta sería su capacidad para relacionarse o vincularse

- Pensemos en el tronco del árbol, robusto, fuerte, derecho, apoyado en sus raíces profundas. Pues bien el tronco son esos ideales o esas ideas propias que el niño va adquiriendo y que le hacen progresar, mirar hacia arriba. Ideales de lo que quiere llegar a ser, sueños, ideal de formar su propia familia, su profesión, etc., ideal de justicia, de construcción de un mundo mejor, etc.

- Y esos ideales son los que van a permitir que nuestro hijo, hija, nuestros educandos vuelen alto y den frutos. Que sean ellos mismos, audaces, capaces de decidirse, de escoger el bien, capaces de discernir, de hacer historia. Estos serían las ramas frondosas de nuestro árbol con su correspondiente follaje.

Estos son los puntos que a mi personalmente más me han orientado en la educación. Comprenderán ustedes que son válidos para niños y para niñas, pueden y deben trabajarse tanto si el educador es hombre o mujer, maestro, o cualquier tipo de educador.

Y ahora es el momento de enlazar con el tema de esta jornada y su aplicación en concreto a la educación. Surge entonces la pregunta: ¿Tienen padre y madre una forma diferente de educar? Esto es siempre así?.

Para contestar a la primera pregunta diremos que en la medida que cada persona es diferente, cada educador es también diferente independientemente del sexo al que pertenezca, como también será diferente en relación al educando, teniendo en cuenta que el educando también es diferente. Yo afirmo con mi experiencia todo lo expuesto hace un rato por Maite Abollado: hombre y mujer son solo distintos por su modalidad y se trata de simples y sutiles acentuaciones. Acentuaciones que ciertamente se aprecian en la educación. Hay ciertas cosas que se atribuyen más a un hombre que a una mujer y viceversa. Como también es cierto, y eso va en respuesta a la segunda pregunta que no es siempre así. Pensemos por un momento, para dar un ejemplo, en una persona célibe que tiene a cargo un educando, un hijo o una hija, pensemos en una madre soltera, en un padre viudo, etc.: él o ella tendrán que encarnar en su propio ser la tarea a la vez ejercida por un padre y por una madre. Se acuerdan ustedes del dicho “tengo que hacer de padre y madre....! También es cierto que a veces por la estructura de cada persona o por las circunstancias que le han tocado vivir, en una pareja se pueden cambiar los roles, y lo que se suele atribuir a un padre, lo hace la madre y viceversa, pero veamos cuáles son esas atribuciones que suelen darse a unos y a otros y que procuran la complementación de los sexos, y me van a permitir que esto lo haga desde mi propia experiencia.

Hay dos partes: la que atañe a los educadores y otra, la que atañe a los educandos.

En cuanto a los educandos mi experiencia viene a confirmar esos pequeños acentos que parecen atribuirse a las diferencias físicas y psicológicas de lo femenino y de lo masculino. De los seis hijos, tengo que decir que mis tres hijas han jugado a las muñecas desde que han sabido manejar sus manos, y que los tres chicos han jugado al fútbol desde que han sabido manejar sus pies. Y en la casa había siempre balones y muñecas. Acentuaciones sí: una de mis hijas es jugadora del baloncesto, aunque de pequeña pasara largas horas lavando, peinando y cuidando de sus muñecas, y uno de mis hijos se vuelve loco con los bebés y de hecho tuvo un muñeco propio cuando era pequeño, aun habiendo jugado principalmente con balones y en juegos al aire libre. Junto a esto también decir que la madurez del niño y de la niña hasta el final de la adolescencia no tiene nada que ver. ¿Han visto ustedes como se reparte el jardín en un recreo de un colegio mixto? Se sorprenderán de que los chicos jueguen con los chicos, en general a juegos de acción, y las chicas juegan con las chicas a la goma, a la comba, o simplemente a contarse cosas....Esto cambia en los últimos años del colegio y también en los primeros....

Los educandos tienen también, dependiendo en qué etapas, diferentes formas de relacionarse con el padre y la madre. En la primera etapa de la vida la madre, o en su ausencia la persona que se ocupa de ellos, es casi la que ocupa por entero el mundo de sus hijos, aunque el padre forme íntimamente parte de ese mundo. En otras edades, especialmente cuando el hijo o la hija tengan que empezar a cortar amarras será el padre, o en su ausencia el que haga el rol de éste, el que

juegue un papel más importante, por su propia independencia y por su carácter audaz. En general, las niñas son más comunicativas que los niños y por lo tanto encuentran más eco en la madre que está más capacitada para el contacto personal. El padre pronto las manda callar, si es que está leyendo el periódico, aunque cuando se trata de explicarles algo relacionado con el mundo, o la ciencia, o el deporte, o la economía, el padre es el primero en contarles y en interesarse de cómo van aprendiendo. Y es que el padre, en general el hombre, está más interesado por las cosas del mundo que por el detalle de la persona. La manera que tendrá la madre de comunicarse con los hijos dependerá mucho de cada hijo: las hijas cuentan más sobre lo ocurrido, sobre lo que han hecho, los hijos cuentan más sobre lo que han aprendido, sobre a qué han jugado. El padre más que por la palabra se relacionará con los hijos jugando, o por gestos: es fácil que cuando son pequeños su forma de darle un beso sea con un apretón, o haciéndoles volar, o llevándoles a hombros o columpiándoles en sus rodillas, etc., y es que por su ser sencillo, el hombre tiene todavía algo de niño que nunca perderá. En la adolescencia las niñas tendrán una manera particular de manifestar su desacuerdo o su afirmación de las cosas: por sus cambios hormonales, cualquier cosa les hace llorar, se sienten solas e incomprendidas, feas e inseguras. la madre que ha pasado por lo mismo aunque no lo recuerde, suele ser de mayor ayuda, porque las entiende. En cuanto a los niños, la adolescencia es más introvertida: comunican menos aunque se sientan igual de mal, y cuando comunican, no siempre es en la manera que nos gusta. Los portazos, los “gruñidos”, el “no”, son formas normales de manifestar un desacuerdo: la expresión: “este niño que modales tiene...” es típica en la boca de una madre. El padre, suele quitar hierro al asunto, porque él mismo lo ha vivido y resuelve las cosas con alegría: una excursión al campo, una salida al cine con sus hijos, un aperitivo antes de comer, un partidito de fútbol..., lo resuelve todo, por lo menos temporalmente.

El padre y la madre, educan juntos, aunque no necesariamente siempre juntos: se reparten el trabajo aportando lo que es propio y por lo tanto fácil para cada uno.

Retomemos lo que al principio poníamos como pautas de educación y veamos el aporte de cada uno. La confianza, la capacidad que tiene el niño de relacionarse o de vincularse, la libertad y los ideales.

En relación a la confianza la madre educará a su hijo queriéndole y aceptándolo en su forma de ser, físicamente con las caricias, los besos, los cuidados, y en su carácter con las palabras de aliento en lo que el niño o niña es: como me gusta que seas alegre, o estudioso, o bueno, generoso, voluntarioso, etc....., que bien has hecho esto, bravo...”

El padre, se encargará con su actitud, de que el niño se sienta seguro, porque el padre le hará sentir que presente o ausente siempre estará con él y nunca permitirá que nada malo le pase. Por otro lado le hará sentir que todo lo puede hacer, que tiene las capacidades necesarias y que incluso puede hacerlo mejor: el padre le inculcará el afán de superación de sí mismo, con una sana exigencia basada en la exigencia de sí mismo. Por otro lado padre y madre, los dos le educarán en el respeto a sí mismo, porque le respetarán a él. En mi experiencia aunque los dos se empeñan en ello, es el padre quien inculca más ese sentimiento de respeto y es la madre la que permite que eso ocurra: “habla con tu padre, y veamos qué dice él” “yo pienso tal cosa, pero la última palabra la tiene tu padre”, y en general así es aunque ciertamente en ocasiones el padre decide lo que previamente ha hablado con su mujer.

La madre por su ser intuitivo, personal afectivo, está más cerca de los hijos y se da cuenta con más facilidad de qué les pasa, cómo están, etc. Por su fácil comunicación y preocupación por los detalles, es en general la que les lleva al médico, habla con los profesores, está en contacto con

las familias de los amigos de sus hijos..., se preocupa de que los hijos tengan un orden establecido, un horario, un hábito de estudio o de juego. Eso les da seguridad porque sienten que su vida tiene un orden. La madre es más el corazón del hogar: la que se preocupa de que el hogar sea cálido y armonioso.

El padre ordena y organiza, es más la cabeza de la familia. Le gusta sentir que decide, aunque el proceso de decisión se haga entre todos. Participa menos en el orden pequeño de las cosas, pero cuando vuelve a casa, enseguida ve lo que no está en su sitio: demasiadas luces encendidas, puertas abiertas por donde se va el calor, etc. En general les enseña a los hijos el sentido de la economía de la casa y la suya propia, lo que también les da seguridad, porque ellos saben de qué disponen y a qué atenerse: una paga mensual o semanal, un pequeño trabajo remunerado. La responsabilidad de hacer bien el trabajo (los estudios), el acompañamiento no tanto de la escolaridad cotidiana, pero sí de lo extracurricular, el deporte, la música, etc.

En cuanto a la capacidad de relacionarse o de vincularse, los dos tienen su cuota de responsabilidad, aunque seguramente la gran facilitadora de que esto ocurra sea la madre, por su propia capacidad para relacionarse y comunicarse. La madre, por su ser femenino no solo se preocupa de relacionarse como habíamos visto antes, con todo lo que atañe la vida del niño (profesores, médicos, amigos, etc.), se preocupa también de asegurar una unidad familiar en el sentido amplio: la relación con los abuelos, tíos, primos, y no es que al hombre no le interese, sino simplemente que delega en la mujer. También la mujer, por su propia necesidad de seguridad, está más apegada al hogar y eso hace que los niños disfruten de un hogar cálido donde se sientan “en casa”. Sin embargo el hombre por la antigua tarea que la naturaleza le otorgaba de traer el pan a casa, permite que ese hogar exista, da cobijo a su familia. Y así como lo femenino está más capacitado para la relación personal, lo masculino está más capacitado para la relación con el mundo: así es el padre en general el que hará sentir al hijo la responsabilidad por el mundo, el interés por la política, por lo social, por lo geográfico, le hará sentir, si lo hace bien, que todos tenemos una cuota de responsabilidad en lo que nos rodea. Por supuesto, en relación a todo lo anteriormente expuesto, con la incorporación de la mujer al trabajo, a veces estos roles se intercambian.

Pasemos ahora a hablar de los ideales, y yo creo que esto hoy en día es más importante que nunca, pues pareciera, que algunos de nuestros jóvenes se pierden en el alcohol o en la droga, precisamente porque carecen de ideales o de sentido de la vida. La madre, o quien le sustituya, por su ser femenino, es más espiritual: si es religiosa, le será más fácil darle un sentido a su propia vida y por lo tanto ayudará a sus hijos a que ellos encuentren un sentido a su existencia: de dónde venimos, hacia dónde vamos, porqué estoy yo aquí. Todas estas preguntas se las hacen todos nuestros hijos en algún momento y si encuentran un clima adecuado, tendrán la libertad de resolverlo en parte con sus padres. Para la madre, más preocupada en las cosas pequeñas del día a día, le será más fácil afrontar estas cosas a través de los pequeños fracasos o éxitos de nuestros hijos, de las renuncias por no tener todo lo que queremos, a través de las enfermedades, las muertes de los seres queridos, todo esto es un motivo para explicarles a nuestros hijos el sentido de la vida. “Explicarle a un hijo que en la vida no se puede ni se debe tener todo lo que uno desearía, y que las enfermedades a veces nos educan a tener más paciencia, a conocer mejor nuestras limitaciones, etc. “A nuestros hijos les será más fácil encajar sus frustraciones si entienden que todo ello tiene un sentido. Y volviendo hacia los ideales en general, será el padre o la parte masculina del educando el que le encauzará hacia dónde quiere dirigir sus ideales: le ayudará a descubrir sus talentos: “si tú hijo eres un “manitas”, ven a ayudarme a arreglar la pata

de la mesa..., o si te gusta escalar, ven y vayamos a la sierra juntos, te enseñaré a leer un mapa y a orientarte, y si te cansas descansarás y después continuaremos, porque tú puedes llegar. O qué te parece si vamos al museo de ciencias a conocer más de cerca los descubrimientos del siglo XIX..., o (a la hora de escoger una carrera), pensemos en lo que te gusta y en los talentos que tienes para poder decidir....” Si lo que se despierta en nuestros hijos son ideales más femeninos será la madre la que ayude a que estos se desarrollen y viceversa”. Los ideales siempre empiezan a tejerse por muy pequeñas cosas, por juegos, por ejemplo: “yo quiero ser enfermera(o) para curar”, “yo quiero ser bombero, para apagar fuegos” “Yo quiero ser ingeniero, como papá”, “yo quiero ser soldado para defender mi rancho”...Detrás de cada deseo se puede descubrir un ideal, el arte es descubrir cuál es y cómo encauzarlo. Padre y madre juntos lo pueden hacer.

Y por último, hablemos de esas ramas del árbol que simbolizan la libertad..., y que son tan importantes para que cada uno pueda realizar su camino...No olvidemos que todo lo anterior está encauzado a que el niño o la niña algún día vuelen con sus propias alas: la parte femenina de la persona, en general la mujer, ayudará al niño a ser más libre aceptando sus propias limitaciones e inclinaciones: “yo no soy ágil con mi cuerpo por lo tanto más vale que no me dedique a la danza, sin embargo tengo un gran sentido del color, del espacio y quizás podría dirigirme hacia las bellas artes, o la arquitectura, o ...” “necesito mucho del contacto con los demás..., necesito un trabajo en equipo...” . También el trabajo que suele hacer la madre respecto a las renunciaciones: “no como chocolate ahora, porque es la hora de comer y no de merendar” “no se abre la nevera porque no se come entre horas” “no puedes tener unas zapatillas de marca porque no alcanza el dinero para ello” “No puedes ir con tus amigos hoy porque hay una reunión familiar”, hace a los hijos más libres de ciertas necesidades y más capaces de abrazar un ideal aunque se encuentren dificultades por el camino. El padre o la parte masculina, les hará más audaces frente a los riesgos y peligros que entraña y conlleva un ideal, y esto se empieza a trabajar desde que son pequeños. ¿Quién en general es el que enseña a montar en bicicleta? O a tirarse a las olas en el mar? O a subir una montaña? O a participar en una competición? O a superar una prueba? O a hacer la primera inversión llegado el momento? En general esto lo hace el padre, y no es que la madre no participe de ello, claro que sí, pero con más tendencia a la superprotección: “cuidado no vayas muy deprisa, cuidado no cojas frío, cuidado no te vayas a caer, cuidado no pierdas tus ahorros...El padre es en general más capaz de asumir los riesgos y por lo tanto de enseñar a sus hijos a hacer lo mismo. Y aquí me quiero detener un momento para hablar de la educación del cuerpo y sus emociones, porque es algo que en general a todos los padres hoy en día es como si nos diera miedo abordar. Y lo pongo en el apartado del ideal, porque todo en el niño ha de tender hacia lo más alto y ha de educarse para que cumpla su función de hacerle más feliz.

Es el tema de la sexualidad: durante mucho tiempo, una sociedad machista, ha permitido que el hombre utilizara la sexualidad a su libre uso y albedrío y que la mujer fuera un elemento de su placer. Después todo el movimiento de la liberación de la mujer ha querido que ésta consiguiera los mismos derechos que el hombre, es decir usar su cuerpo y su sexualidad como elemento de placer. Pues bien, ante esto, nuestra experiencia, nos dice que tanto frente al niño como a la niña, la sexualidad merece una educación sana desde el principio. Será más fácil para la mujer querer el cuerpecito de sus hijos cuando son pequeños, y hacerles sentir que todo en su ser es maravilloso y digno de respeto, será más fácil para ella, enseñarles a través de la naturaleza que toda la sexualidad está orientada a la armonía y al amor. Y cuando se despiertan los primeros sentimientos en los adolescentes, es tarea de ambos el mostrar a sus hijos un sano dominio de sus instintos para ponerlos, cuando llegue el momento, al servicio del amor. Todo en el ser tiene su

momento y toda precipitación antes de tiempo, hace que el ser humano se sienta inseguro. Será más fácil para la madre hablar con sus hijas sobre lo que ella misma ha experimentado y sentido, así como será más fácil para un padre hablar con su hijo varón sobre lo que él ha experimentado o sentido. Y siempre tendiendo hacia lo que yo deseo para mis hijos y lo que creo que es lo mejor para ellos.

Estos son algunos ejemplos de cómo la parte femenina de la mujer y masculina del hombre se complementan en una misma tarea, se enriquecen mutuamente y juntos pueden afrontar la tarea más bonita que existe en la tierra que es educar a otros para que desarrollen sus capacidades y talentos.

EL LENGUAJE DEL VESTIDO: LO QUE VD. PUEDE HACER POR LA MODA

Dña. Aurora Pimentel

Aunque la moda sea efímera, el interés por ella es permanente. Hay industria, servicios, empleo y excelentes profesionales detrás y, sólo por eso, merece ya nuestra atención. Pero el lenguaje del vestido dice muchas otras cosas. Algunas han recibido la atención de sesudos intelectuales a quienes no les avergüenza escribir sobre este asunto. Otras son dichas en voz tan baja, tan sutilmente, que fácilmente resultan apagadas por el “último grito”.

Cada vez que una mujer o un hombre se visten hacen cultura (1). No sólo se protegen del clima. La moda es comunicación, un lenguaje (2) que dice algo sobre nosotros: hombres o mujeres, duelo o fiesta, 20 ó 50 años, europeo o africano. Además de este mensaje personal, la moda es hoy un contenido específico de muchos medios de comunicación. Detrás de las revistas de moda hay esfuerzo e ilusión.

Tanto la moda como la forma en que es presentada nos dicen algo que puede ser interesante gracias al buen hacer de todos los profesionales implicados. Pero, sobre todo, si éstos saben qué es el ser humano (3). También el cine, la televisión y la publicidad nos presentan a mujeres y hombres que hablan no sólo con sus palabras sino con su apariencia, con su actitud, con la moda. Todos estos medios influyen notablemente al promover imágenes, estilos y tendencias que sirven de referencia o modelo. Sin embargo, son las mujeres y los hombres de a pie quienes forman el último y decisivo eslabón de la cadena de la moda. Son ellos los que tienen la última palabra, los que pueden decir las cosas más importantes.

La espiral del gasto

Por poner un ejemplo, cuando una mujer va de compras para encontrar algo que ponerse, dice lo que es la solidaridad para ella. También lo dice cuando dedica tiempo y dinero, busca mecenas u organiza montajes con fines “benéficos”. Pero la revisión del contenido de los armarios y el cálculo del gasto en el vestir será un buen índice de su coherencia. Quizás la personal y esforzada sobriedad constituya la palabra más elocuente, la mejor campaña de captación de fondos.

Tampoco el tema es ajeno a los varones. Junto a los que saben unir la sobriedad con el buen gusto, están los refinados o vulgares consumistas que esgrimen su trabajo, su posición social o la práctica de un deporte como disculpa para el gasto excesivo. Del hombre-oso (cuanto más feo más hermoso) hemos pasado al *snob* en todas las edades: el estudiante que sólo quiere las zapatillas de una marca; el ejecutivo cuyo guardarropa parece una sastrería; incluso algún que otro artista o intelectual que esconde costosas prendas tras esa apariencia de natural y descuidada bohemia (4).

La mujer compuesta

Pero, también, a veces se aducen otras razones para justificar el desmedido afán por la compra y la apariencia. Dice el refrán que “la mujer compuesta saca al hombre de otra puerta”. Un recurso que no hay que olvidar. Pero la verdad es que, a veces, se toma la frase en sentido literal; coartada para la vanidad o el despilfarro; inútil frente de batalla en guerras perdidas de antemano (siempre hay otras más jóvenes y más guapas); incluso sutil invitación a quienes *ya* tienen casa propia.

Crear, además, que la palabra “compuesta” se refiere únicamente al adorno, mantenimiento y mejora de la fachada, es tan ridículo como pensar que a los hombres sólo se les gana por el estómago. Ambas interpretaciones ponen de manifiesto tanto el bajo concepto que se tiene del

varón como el frágil terreno sobre el que se edifican los afectos. Leer en el diccionario los significados (diecisiete) que tiene el verbo “componer” muestra que el asunto es algo más amplio que ir a la peluquería. He aquí cuatro a voleo: formar de *varias* cosas *una*; reparar lo *desordenado*; concordar, poner en *paz* a los enemigos; *moderar*, templar.

Juicio y sensibilidad.

Hay otro aspecto muy silenciado del particular mensaje que emiten algunas modas.

No forma parte de las últimas tendencias precisamente decir que el lenguaje de ciertas modas es, al menos, equívoco y fuente de malentendidos. Que a veces echa por tierra los pretendidos esfuerzos de ser consideradas como algo más que un cuerpo. En absoluto supone esto una justificación -que no existe- del acoso ni, mucho menos, de la agresión física.

Es posible que muchas mujeres no sean conscientes del efecto que producen o que no sea esa su intención. Es posible que hoy se carezca de finura de oído y vista (para no oír los comentarios ni percibir las miradas) o que estén embotados otros dos sentidos que la naturaleza regala al sexo femenino: el sexto y el común. Quizás el calor estival, las potentes calefacciones en invierno o la simple comodidad sean las razones que expliquen lo escueto de algunos atavíos, la transparencia de las telas, la firme adherencia de ciertas prendas o algunos modos femeninos.

Pero es que, si es así, la cuestión remite a algo más serio: una sensibilidad pobre, una estética sin educar, una feminidad de caricatura. Quizás lo que falte sea vida interior entendida en todos los sentidos. Porque sin estas claves la situación queda reducida a una inútil, triste y vacía palabra: decencia.

Feminidad no es cursilería ni frivolidad. No es la fingida languidez, turbación o admiración ante el otro sexo. Tampoco es la imposición de nuestra persona por medio de la exhibición física, verbal o intelectual o la calculada estrategia. Feminidad es Sandra Bullock en *Mientras dormías*, es Santa Teresa de Avila.

Sensibilidad no es sentimentalismo ni susceptibilidad. No es sentirse víctimas y recrearse en un jardín privado (5) hecho de narcisismo donde nadie molesta. Sensibilidad es interesarse por los demás, es darse y, también, saber recibir. Es Donna Reed en *Qué bello es vivir*, es la Madre Teresa de Calcuta.

Sentido estético no es exquisitez ni lujo. No es ser esclavas del buen gusto ni obsesionarse por la imagen. Sentido estético es una actitud que nos hace admirar toda la belleza que hay en esta tierra -Sean Connery, una casa en la Toscana, un jersey de cachemir- y tener la elegancia de agradecer su existencia sin pretender poseerlo.

Vida interior es pararse a escuchar otras voces que no sean la propia. En el sentido más amplio del término, es lo que permite tener una variedad de intereses y encajar la preocupación por la apariencia en su justo lugar. Y es la que hace del arreglo femenino algo que nace de dentro, no un mero ejercicio exterior de artificio.

Gracia, moda y entusiasmo

Cuando se habla de moda femenina pocas veces se explica la influencia velada o evidente de muchos hombres. Se omiten las manipulaciones de las que son objeto y las que, a veces, ellos mismos promueven.

Dejando de lado a los profesionales masculinos del sector (diseñadores, fotógrafos, etc.), la amplia mayoría del género masculino son espectadores, vamos a llamarlos así, *entusiastas*. Cualquier mujer sabe que los varones son, entre otras muchas cosas, entusiastas por naturaleza del género femenino en general y, a veces, de alguna mujer en particular. Este entusiasmo genético (de genes y de *Génesis*) merecía en su origen el calificativo de “indescriptible”, a tenor

del comentario de Adán al contemplar por primera vez a Eva: “¡He aquí huesos de mis huesos y carne de mi carne!”. O sea, un entusiasmo que hoy no podemos ni imaginar. Aunque no queda registro del entusiasmo original femenino respecto a su compañero, diversas fuentes parecen confirmar su existencia.

Sin embargo, la historia del género humano demuestra que ese entusiasmo indescriptible se puede volver francamente descriptible, *fragmentario*. El hombre, de ver en la mujer a alguien, de emocionarle descubrir que es una, otra y diferente a él, pasa a considerarla algo, a verla sólo parcialmente. Otro tanto ocurre con el entusiasmo femenino que puede desviarse hacia posiciones miopes, hipermétropes o manipuladoras.

A pesar de esto, no hay que olvidar que la historia está llena de ejemplos de mujeres y hombres capaces de entusiasmarse al completo. Hay un cúmulo de gracias (masculinas, femeninas o planeando por encima de las anteriores) que promueven esa amplia variedad de entusiasmos que hacen tan agradable la vida: entusiasmos de padres, de maridos, de amigos, de hermanos...

Juego de estímulos.

La moda, como lenguaje y cultura, puede ayudar a que las mujeres sean vistas con perspectiva. Y, también, puede hacer que de tan cerca, de tan obvias, sólo se las perciba de forma borrosa o parcialmente. La moda forma parte de ese conjunto de gracias con que las mujeres cuentan. No cabe echar sobre sus solas espaldas la responsabilidad de generar (y mantener) ese entusiasmo masculino propio del cónyuge o novio, ni tampoco reducirla en este sentido. Sin embargo, algunos automáticamente interpretan la moda como un restringido juego de estímulos.

La tan traída y llevada seducción femenina puede ser ese único espacio de poder que ejercen las mujeres cuando otros les son vedados. Y a veces puede ser un poder violento: cuando se impone y deja desarmado al varón. Lo triste es que, como explicaba Aurelio Arteta (6), no son pocos los que, desde las más variadas posiciones ideológicas, sostienen la idea de que en esa seducción se contiene todo el poder y fuerza de la mujer en la historia. Para este viaje no hacen falta muchas alforjas.

Pero, para este viaje, la moda se presta como una coartada excelente. El asunto viene de lejos. El imaginario femenino se ha nutrido muy a menudo de una cierta y particular fragmentación. Así, se suceden imágenes que demuestran la dificultad de algunos artistas (pintores, escritores, diseñadores, etc.) para reflejar que las mujeres son cuerpo y alma a la vez. Ni el primero es sinónimo de condena ni la segunda de espiritualismo. Hay algo perverso en ignorar tanto uno como la otra, en esa disyuntiva que divide el mundo en dos tipos de mujer: la que niega su cuerpo (a ella misma, a otros) y la que vive atada a él (perdición de los hombres).

Las mujeres no son vestales, hadas, ángeles, lánguidas doncellas a punto de desfallecer o niñas. Pero tampoco son pérfidas brujas, oscuridad de la carne, atracción fatal, pura ostentación o artificio. La moda, que no es ajena a esta particular lidia cultural, acierta a veces y también se equivoca. Sus errores provienen de esa dificultad de conciliar cuerpo y alma, de la fragmentación de los profesionales del sector, de los hombres y, también, de las propias mujeres.

Decencia y manipulación.

Hay mujeres que ignoran el entusiasmo original, sus propias gracias y las ajenas, y con su actitud magnifican la fragmentación, sobre todo la de los demás. Consideran al género masculino como alguien del que cabe esperar muy poco. En este grupo se encuentran las decentes, puritanas obsesivas para quienes la moda es una frivolidad que hay que censurar sistemáticamente.

Hay otras mujeres especialistas en fragmentar aún más al varón, en manipularle, por ignorancia o a conciencia. Son las que se apoyan sólo en ciertas gracias femeninas, las que hacen de la moda una trampa. Son las que buscan algo que nunca encuentran y las que luego se encuentran también con algo que no les gusta nada. Este tipo de mujer ha ejercido una atávica fascinación entre el elemento masculino. Actualmente, a tenor del éxito de las revistas del corazón, también sobre el femenino.

Y hay otras mujeres que cuentan con la fragmentación propia y ajena, con todas las gracias a su alcance y, también, con la moda. No son estas mujeres de pasta flora: están hechas igual que las demás. A pesar de esto y, visto como está el patio, no piense nadie que no tienen o no caen en la tentación de andar más ligeras.

La fantasía, el corazón y la vanidad femeninas son los flancos de entrada por donde se insinúa la idea de que ellas o los hombres son sólo barro o sólo espíritu; donde surge la posibilidad de recortar por la vía rápida la libertad del género masculino (cómprate ese vestido de vértigo, vístete para quien no debes, ...) o de abandonarse. Por todo esto, en este panorama no se puede olvidar la importancia del varón. Porque puede ser un espectador manipulado o un entusiasta fragmentario y, también, puede alentar a las mujeres de su alrededor en varias direcciones.

A veces una mujer necesita precisamente que sea un hombre quien le diga, si hay confianza, que con su actitud y modo de vestir está impidiendo que la vean con perspectiva. Que él, que es un hombre, sabe más del asunto que la dependienta de turno o cualquier diseñador famoso.

No hay que minimizar la influencia masculina en esta materia (aunque no se le haga caso en otras). Una madre y una amiga pueden ser unas pelmazas, un amigo -más un marido, un novio- son como Petronio, el árbitro de la elegancia. En la misma línea, también conviene que sea una voz masculina la que advierta -con delicadeza- cuándo una mujer se desliza por la pendiente de la dejadez y, por favor, mucho antes de que se convierta en Doña Rogelia con refajo y todo.

Woody Allen, los chulos y los estetas.

Pero, además, muchos hombres pueden colaborar activamente en reducir el número de tres especies "masculinas" que hacen mucho daño a la moda, a las mujeres y también a los hombres. Son esos que exigen de las mujeres una presencia imposible de mantener. Los que olvidan que hasta las más guapas pierden su lozanía (sólo la física) con el pasar de los años. Esos que tienen firmemente asentada una imagen de mujer más propia del adolescente, del homosexual o del machista más furibundo. Precisamente los tres tipos que hoy sientan cátedra en materia de estética, moda y mujeres: los que se esconden tras la verborrea de su falso amor, admiración o devoción por las mujeres.

Hay mucho Woody Allen suelto intentando elaborar y vender una teoría *metafísica* que justifique el cambio de una de cincuenta por dos de veinte. No es de extrañar la infinita tristeza de muchas mujeres al llegar a la madurez o su afán desesperado por parecer mucho más jóvenes, el pavor que las hace correr hacia el cirujano plástico, la minifalda exagerada y la actitud infantil.

Hay otra especie nefasta. Del Otelo celoso hemos pasado al chulo respetable. Esos que contemplan complacientes y alientan la exhibición (7) de los encantos más escondidos de su mujer o su novia en público. Suya como el coche. Un objeto más para que los demás envidien y

deseen. Ellos, con su actitud, hacen de las mujeres chicas peligrosas. Ellas siembran en la cabeza de muchos hombres la semilla de la discordia.

Hay, por último, algún que otro esteta pelmazo, adolescente soñador o pigmalión frustrado. Esta especie cree posible y deseable ese universo femenino de juventud, belleza y perfección eterna que nos vende la publicidad y otros reclamos. Son los que hacen de las mujeres unas permanentes acomplejadas y, otras veces, unas frívolas, unas consumistas irresponsables.

Por todas estas razones, la moda no es cuestión sólo de los profesionales directa o indirectamente implicados en ella, cuya labor es a veces tan difícil de hacer bien y tan fácil de criticar. Es una cuestión que se decide en la calle, que recibe el beneplácito definitivo no sólo de las mujeres sino también de muchos hombres. Y son todos ellos los que pueden hacer que la moda, las mujeres y los hombres tengan, en definitiva, gracia (en todos los sentidos).

Bibliografía

(1) Existe una amplia bibliografía al respecto, la mayoría extranjera. Un análisis bastante completo y entretenido es el de Maguelonne Toussaint-Samat en *Historia Técnica y Moral del Vestido* (3 volúmenes). Alianza Editorial. Madrid (1994).

(2) Ver Alison Lurie: *The Language of Clothes*. Vintage Book. Nueva York (1983). Existe traducción española.

(3) Desde la antropología son interesantes las Actas del Coloquio Nacional convocado por el CNRS francés, *Vers une anthropologie du vêtement*. Paris (1981).

(4) Sobre un balance de la década de los 80 en relación a moda y valores, véase Adriana Mulassano: “I peggiori anni della nostra vita”. En “Dieci Anni di Moda”, pag. 55. Monográfico especial de la revista italiana *Donna*, 1990. (En el mismo, también las contribuciones de otros italianos como Francesco Alberoni, Roberto D'Agostino y otros).

(5) Véase al respecto los paradigmas literarios de halago a la supuesta “sensibilidad femenina” reducida a ese jardín. (Pilar de Cecilia, “Mujeres de novela” en *Aceprenta S 2/96*).

(6) Aurelio Arteta. “El precio de la seducción”. *El País* (20-I-96).

(7) El análisis que realiza Thorstein Veblen en *Teoría de la clase ociosa* sobre la exhibición ostentosa de la mujer burguesa como muestra del poderío económico de su cónyuge, sugiere bastantes paralelismos con otros tipos de poder hoy de plena actualidad a pesar del *women's lib*.

28

ROL DEL HOMBRE DEL SIGLO XXI

D. Javier Nieves

La verdad es que me resulta difícil hablar del tema en concreto del hombre y la mujer. Lo que voy a hacer es dar un testimonio basado en mi experiencia personal. Es una percepción muy personal de como yo experimento la complementación hombre - mujer. Es un testimonio basado en mi propia experiencia y en mi propio trabajo, en lo que veo yo y vivo en mi vida familiar. Cada uno se podrá o no identificar con lo que voy a contar. Para comenzar me gustaría recordar unas palabras del Papa en Toronto en el año 2002, una jornada que yo tuve la suerte de vivir muy intensamente. En un párrafo, el que el Papa nos decía:

"La pregunta que se impone es dramática ¿Sobre qué base es preciso construir la nueva época histórica que surge de las grandes transformaciones del siglo XX? ¿Será suficiente apostar por la lógica actual que aparece regulada únicamente por criterios de productividad y eficiencia sin ninguna referencia a la dimensión religiosa del hombre ni un discernimiento épico universalmente compartido? ¿Está bien contentarse con respuestas provisionales a problemas de fondo y dejar que la vida quede a merced de impulsos instintivos, de sensaciones efímeras, de entusiasmos pasajeros? ¿Sobre qué bases, sobre qué certezas es preciso construir la propia existencia y la de la comunidad a la que se pertenece?"

El Santo Padre nos llamó la atención sobre muchas cosas pero yo me voy a centrar en los criterios de productividad en los que se basa la revolución tecnológica actual. Lo importante es producir, hay que producir más que en el año anterior y si un año producimos mucho pues es peor porque tenemos que superar lo que hemos producido al año siguiente. En toda esta revolución hoy en día compartimos trabajo y está tan involucrado el hombre, como la mujer.

Muchas veces no se tiene en cuenta la familia, las necesidades de cada uno o a la persona en sí misma. No importa que tengamos hijos o personas mayores a nuestro cargo. Lo único que importa es que cuantas más horas estemos en el trabajo, mejor. Cuanto más produzcamos más eficientes seremos, aparentemente nos vamos a sentir todos más realizados. Aunque todos sabemos que realmente esto no es así.

Para conseguir esto, todo ésta organizado de tal manera que si queremos ser alguien, tendremos que anularnos como personas, ser fríos, calculadores, no pensar en quién tenemos al lado, procurar no involucrarnos con nuestros compañeros, porque según nos dicen (y son frases hemos oído todos), "no podemos estar continuamente subiendo sueldos", "ya tiene bastante", "que piense más en trabajar y menos en sus derechos". Y la frase que más pánico puede dar: "cómo ya es padre o madre no se va a involucrar al cien por cien ni rendir lo suficiente". Esto nos da pavor a todos escucharlo y anula tanto al hombre como a la mujer y nos transforma en menos hombres y en menos mujeres. Hoy me gustaría hablar de tres redacciones; voy a hablar de mi trabajo en particular. Yo trabajo en un medio de comunicación y aquí se puede ver que estamos igualmente dotados hombre y mujer. Estamos compartiendo trabajos, mesas, están desempeñando cargos directivos mujeres y hombres. Las tres redacciones las tengo muy cerca, en unas trabajo y otras las tengo al lado, pero en los tres hay hombres y mujeres trabajando.

El primero de ellos es un programa que dirige una mujer, que la tengo enfrente y con la que colaboro. Ella es un ejemplo de cómo nos tendríamos que comportar todos. Es la típica persona, sea hombre o mujer, que lleva un equipo en el que se preocupa por todos; demuestra la capacidad de la mujer de preocuparse personalmente por todos, de tratar con educación a todo el mundo, de tratar igual al camarero que nos trae el café como al presidente de la empresa. El cómo actúa nos

condiciona a todos los hombres y mujeres que he trabajamos con ella a comportarnos de una determinada forma. Por ejemplo, en adviento pone sus adornos de navidad la primera, la puerta del despacho está siempre abierta, sus plantas están cuidadas y aunque ella esté muy liada cuando te dedica tiempo, sabes que te lo dedica a ti, que está hablando contigo, que se preocupa por tu situación personal, si tienes hijos, si son pequeños o mayores, etc. En su trato se preocupa de cuidar su lenguaje, cosa que para mi es importante para crear un ambiente cordial de trabajo y eso obliga a todos a cuidar en cierta forma el lenguaje. Es una mujer con muchas responsabilidades, muy eficiente que no ha perdido nunca su feminidad en absoluto, y esta feminidad nos obliga a los hombres a ser más hombres o más caballeros; en este departamento hay un ambiente cordial, agradable, las mesas siempre suelen estar ordenadas y limpias más o menos, y tiene una gran capacidad de dialogo, puedo llegar con una propuesta que me parece acertada pero puede ser una ridiculez, se la puedo contar pero se que no va a soltar una carcajada, la va a escuchar y luego me dirá estás loco o qué narices quieres hacer, pero lo va a escuchar desde que lo propongo hasta que lo termino, me va a estar escuchando y va a saber lo que quiero contar.

A mi me sorprende mucho, pensando, pues esto me ha supuesto a mi un ejercicio de pensar en cada redacción, me he dado cuenta de que es una redacción que tiene una gran privacidad. Esto qué quiere decir, pues que si yo llego con un problema de sueldo, económico, a mi jefe (en este caso a mi jefa) y se lo cuento, yo se que queda ahí, y el desahogarme con ella me da seguridad. Luego no tengo que llegar a mis compañeros y desahogarme con ellos. Se lo he contado a ella, me ha escuchado y no tengo que seguir contándolo. Existe una gran privacidad, no se airean los problemas que se pueden tener. Y hay poca agresividad. No se escuchan gritos, es raro que haya tensión, que haya carreras; antes de subir a un programa siempre hay problemas, siempre falla algo, allí esos problemas los hay pero no se ven carreras ni se ve tensión. Otra cosa muy importante que tiene también es que hay un agradecimiento personalizado cada vez que trabajas con esta mujer, es decir, cuando tu terminas, siempre hay un "*Gracias, Javi* " por lo que has hecho.

En el polo opuesto, pero a mi lado físicamente, esta la sección de Deportes. Sobran evidentemente los comentarios, sobre todo cuando hay partido de fútbol. Hay una pantalla muy grande y estamos todos mirando. Se oye absolutamente de todo por la boca de cualquiera, es una tensión cervecera enorme la que se vive allí. Hay una mujer que es la que está marcando un poco la redacción de deportes. Ella es una persona encantadora que le aterriza vivir ese momento de tensión futbolera. Cuando hay un partido se escapa, se va a cualquier redacción suspirando "*qué panda de energúmenos*".

Ella es la que suele encontrar las soluciones a los problemas de la redacción, siempre que se pide un favor, ahí está ella y condiciona mucho el comportamiento de los demás (excepto cuando hay fútbol), en la medida de lo posible porque también hay que entender cómo son los redactores de deportes, que es para dar una conferencia aparte. Un detalle: ha puesto una hucha para que cada vez que uno dice una palabrota o una palabra mal sonante, tiene que colocar un euro, ¡y lo tiene que poner!. Son detalles que hacen que los otros se comporten de otra manera. Siempre tiene el material de oficina disponible; la agenda al día, cuando le pides un teléfono lo tiene, es organizada,... es el espíritu de la redacción. Entre tanto bruto que ésta alrededor: ella siempre es el espíritu. En un tercer lugar esta la redacción donde trabajo habitualmente: es la música, es Cadena 100 y ahí están las chicas que más cuidan su aspecto físico, las más atractivas podemos decir . Pero, perdonarme que utilicé, no son las más femeninas (tengo que utilizar el término femenino y masculino porque sino no sé). Qué quiero decir con esto, pues que es el departamento

donde más burradas se oyen, donde las mujeres que aparentemente son las más mujeres por como visten, no son femeninas y yo con esto no quiero que parezca que hablo mal de mis compañeras, son encantadoras y son de verdad fantásticas . Uno realmente no sabe cómo comportarse: se genera un ambiente competitivo, hay momentos de gran tensión, nadie parece controlarse a veces, si no se controla una mujer yo no me controló. No sé cómo decirlo.

Creo que he marcado aquí tres ambientes distintos donde la mujer juega un papel muy importante, el más importante, y condiciona el trabajo y la forma de comportarnos todos en él. Una redacción dirigida por una mujer en la que se ha creado un determinado ambiente. Otra dirigida por un hombre y eminentemente masculina como es la de deportes, donde una sola mujer ha condicionado el comportamiento de todos los demás, al menos cuando se está delante de ella; y una tercera en la que las mujeres han perdido determinados valores femeninos y hace que los hombres no distingamos entre sexos y eso condiciona nuestra forma de trabajo.

¿Cómo me siento yo?, pues a veces no se si comportarme con ellas como si fueran un hombre o una mujer. Y a veces me hace sentir violento. Yo no sé muy bien por qué a una mujer no la puedes tratar como a un hombre, pero si estamos en una reunión en la que se falta al respecto, donde no existen unos valores uno se siente incómodo y en cierta forma atacado .

La mujer imprime el carácter en el lugar de trabajo, un carácter femenino puede cambiar a un hombre, hacerle más completo. Para el hombre resulta muy difícil imprimir carácter si se no encuentra una mujer con valores, una mujer femenina a su lado. Solemos sentir rechazo. La verdad es que puede llamarte la atención una mujer por su aspecto físico, pero si luego no resulta femenina, se produce ese rechazo porque no sabemos cómo comportarnos. Nunca podemos hacerlo como lo hacemos ante un hombre y tampoco lo hacemos, como la hacemos ante una mujer habitualmente. Nos produce un cierto desorden. Ante este tipo de mujeres se suelen hablar mal, se suele mandar por Internet correos de todo tipo, se acaba faltando el respeto, a la persona, yo no digo a la mujer si no en general a las personas. Y al final siempre acabamos comentando entre los hombres, y esto es muy habitual: *“Fijate que chiste me ha mandado tal chica”*, como sorprendiéndonos de que haya sido una chica. Y diría que el hombre y la mujer se complementan en el momento que se tratan el uno al otro como tales, el hombre trata la mujer como mujer y la mujer al hombre como hombre. Es necesario que cada uno sea como corresponde con su sexo.

Ahora voy a hablar de cómo yo me siento complementado por una mujer, Y que es lo que yo siento que me aporta a mí una mujer que me enriquece a mí como hombre.

Una mujer me hace aprender y aceptar que soy vulnerable. La vulnerabilidad masculina es cuando aceptamos que tenemos nuestros puntos débiles y que se nos puede hacer daño, cuando nos dejamos esa coraza de invulnerables y de mostramos que tenemos nuestros puntos débiles; cuando aprendemos a expresar emociones y sentimientos: nos cuesta muchísimo a los hombres, a unos más que a otros pero repito que estoy hablando de un tema y una vivencia muy personal. Somos capaces de contar si nos sentimos bien o mal y por qué, cosa que muchas veces ni nosotros lo podemos pensar y una mujer nos ayuda.

Cuando aprendemos a pedir ayuda y apoyo, cuando reconocemos que sentimos que nos encontramos totalmente seguros y contrastamos nuestra opinión con la de una mujer porque nos va a dar el punto de vista que nos falta, cuando aprendemos a dialogar para resolver los conflictos. Los hombres somos muy agresivos a la hora de solucionar los problemas, somos impulsivos más que agresivos y la mujer no se enseña a dialogar, a pararnos un poco, a pensar y a hablar . Cuando aprendemos y aceptamos actitudes del comportamiento tradicionalmente considerados femeninos necesarios para un desarrollo humano completo. Es decir una

masculinidad que nos permita desarrollarnos personal y profesionalmente y exteriorizar las emociones, participar de una relación profunda con los demás.

Y si antes sobraba decir que el hombre y la mujer están en un mismo plano en el ámbito laboral, lo mismo ocurre en el hogar, ya esto decir tareas masculinas y femeninas ha pasado afortunadamente a la historia, o desafortunadamente, depende de lo que te toque hacer cada día. Los hombres y mujeres nos tenemos que implicar, no tenemos excusa. Igualmente en las tareas domésticas, esto no quiere decir que se pierdan en el hogar las actitudes propias de cada sexo, en el hogar, la mujer, ya se ha dicho aquí varias veces, impone su carácter, marca el ambiente y es el espíritu del hogar. Ella es la que está más pendiente de los detalles que a nosotros se nos escapan, está pendiente de los demás, está cuidando continuamente el ambiente familiar, el cómo se habla en él o cómo se viste en casa, aunque estés de domingo recién levantado, fomentando el pudor y el diálogo. Normalmente la mujer es la que siempre está pendiente de los pequeños detalles y los hombres más de lo general. Los hombres estamos pendientes de que la casa no se caiga físicamente hablando, creemos que es nuestra obligación. Ella está pendiente de que dentro de la casa haya un clima y ambiente adecuado.

Esto es curioso, y lo hablaba con mi mujer estos días preparando esta conferencia: si alguno de los dos no realiza su función, provoca en el otro inseguridad y a la vez le incapacita para desarrollarse. Mi experiencia es que si yo descuido alguno de mis rasgos eminentemente masculinos, en mi pareja provoca un malestar personal. Y al contrario, si la mujer descuida sus rasgos, provoca en mí una inseguridad. Si fuera algo mal conmigo mismo, no cómo si pasara algo con el otro. Si alguno descuida alguno de sus rasgos, en el otro se genera un sentimiento de malestar personal: *“No estoy enfadado contigo, no me ha pasado nada contigo, pero fíjate que me siento mal”* Aunque no sabes realmente por qué. Luego en el diálogo evidentemente salen a la luz todos estos temas.

Espiritualmente hablando también existe una complementación muy enriquecedora de la persona. No sólo del diálogo normal, hablo de la oración en nuestro caso. Yo me he dado cuenta este estoy casado que la forma de diálogo con Dios del hombre y la mujer es radicalmente distinta. Esto es algo que yo he observado profundamente desde que estoy casado y rezamos juntos. La mujer es mucho más contemplativa y aunque parezca mentira, busca menos el sentimiento, es más profunda, es más constante que hombre y por supuesto por nuestro carácter. Nosotros somos más cercanos a una oración práctica, robusta y siempre decimos: *“Te ofrezco tal cosa, quiero cambiar en esto, a aquí me tienes para lo que quieras”* Y la mujer es mucho más de decirle a Dios lo mucho que le quiere, de agradecerle lo que ocurre cada día, de pedir por cosas muy pequeñas, insignificantes, que ha ti nunca se te hubieran ocurrido mencionar en una oración. Y además de todos los detalles que la rodean en los momentos de la oración, si por nosotros fuera tendríamos una cruz y una imagen de María y nos basta. En cambio ella siempre cuida el detalle, siempre tienes una vela encendida, una postura mucho más recogida de rezar, unas flores, unas fotos de los niños. Cuidan de todo esto mucho más .

Evidentemente esto enriquece mucho, especialmente en mi caso como hombre.

Y cuanto a la complementación hombre y mujer respecto a la educación, en nuestro caso el mejor ejemplo son los propios niños, como ellos se comportan ya no sólo por separado sino con nosotros, como mi hijo y mi hija se comportan con su madre y cómo se comportan conmigo; cómo nos abrazan, qué juegan etc. Mi hijo con su madre no se le ocurre jugar a “vamos a luchar” y conmigo cada vez que me ve, es en cambio: “papá lucho”. Es lo único a lo que puedo jugar con él, a luchar y a hacer el bruto, correr detrás de él, es lo único que puedo hacer. Mi hija es otro

mundo completamente distinto: cómo abrazan, cómo expresan su cariño. Mis hijos son los primeros que también necesitan esa diferencia y esa complementación. Es más, he observado que cuando estoy solo con los niños y sin mi mujer, suelo ser más cariñoso de lo habitual, es decir suelo ser más comprensivo: regañó menos a los niños, si no comen no pasa nada, adopto el rol de mi mujer cuando ella no está . Y lo mismo le ocurre a ella. Cuando tiene un día en el que está regañando más a los niños de lo habitual, sin yo saber por qué, nunca lo entenderé, como para compensar, yo intento actuar de la forma más parecida a cómo lo hace mi mujer. Necesito, cuando ella no está, ocupar el papel que hace mi mujer.

Lo único que tengo claro de todo lo que he dicho es que hombres y mujeres somos distintos y no llegaremos a ser nosotros mismos personas hasta que no nos complementemos realmente con el otro sexo.